

Cuando la noche se hacía presente, las ciudades enteras se iluminaban, antorchas y horquetas en mano, en busca de los enormes seres que habitaban en la tierra. Los gigantes. Criaturas temidas, rechazadas y odiadas por los humanos, quienes todas las noches se encargaban de eliminarlos por completo.

Tal vez por su tamaño, tal vez por su mal aliento, era un hecho que nadie quería a los gigantes, por eso, ellos debían esconderse. A veces algunos se transformaban en estrellas, otros se transformaban en brisa, de vez en cuando, uno se transformaba en espuma de mar, pero ninguno seguía siendo un gigante.

En una tierra extraña, en un pueblo lejano, vivía el último de ellos. En mundo de gente pequeña, destacaba el enorme gigante, un extranjero, solitario. Al fin y al cabo, ya no tenía familia ni tampoco amigos, todos ellos se habían esfumado en el mar, la brisa y el cielo, dejándolo solo, siendo en esas tierras, un gigante forastero.

Cuando él lloraba, de sus lágrimas nacían flores, que decoraban su espalda, cabeza y brazos, para después desprenderse y adornar la pequeña y alejada colina en donde vivía.

Todos los días los niños del pueblo le lanzaban piedras y le gritaban cosas, pero él sabía que los gigantes no eran queridos por nadie y por eso no podía culparlos. Sin embargo durante la puesta de sol, él miraba hacia el cielo con la esperanza de transformarse en una estrella para que nadie le hiciera daño y que por primera vez lo quisieran con su brillo, tamaño, y color, sin prejuicios.

Su decepción al despertar era ya rutinaria. las flores en su piel se hacían cada vez más abundantes y los niños que lo molestaban comenzaron a perder importancia. Él solo esperaba paciente, a que llegara la noche para poder convertirse en una estrella, como lo hicieron sus familiares, sus amigos, y muchos otros gigantes. Por eso sin falta, con los últimos rayos de sol, él se acostaba en la colina a observar el cielo y esperar a que la luna le concediera su deseo.

Un día despertó con el sonido de unos pequeños pasos. Se asustó porque creyó que eran los niños que diariamente lo molestaban, pero su sorpresa fue mucha al ver a una niña tímida con un ramo de flores en su mano. La miró con curiosidad, y se acercó con miedo de que lo dañara y a la vez, con miedo de asustarla.

"Me gustan tus flores"- le dijo ella.

Durante unos instantes el silencio se apoderó del ambiente.

-*"Mis favoritas son las rosas"*- Continuó.-*"¿Crees que pueda llevarle unas a mi mamá?"*- Preguntó con un brillo en sus ojos que él no supo clasificar.

Asintió dudoso, mientras la pequeña recogía alegre y con cuidado cuántas flores podía. Antes de irse el gigante le hizo una pregunta.

-*"¿Cuál es tu nombre?"*.

-*"Esperanza"*- Respondió para luego correr colina abajo.

-*"Esperanza"*- Repitió.

Ese fue el primer día en el que no deseó ser una estrella.

"EL GIGANTE FORASTERO".

María paz Rojas.